Sonetos

Pedro de Solís y Valenzuela

PEDRO DE SOLIS Y VALENZUELA

(Edición de Ramón García González)

Colombia. Santa Fe de Bogota 1.624 – 1.711

Pertenecía a una de las familias más acomodados de la ciudad.
Don Pedro Fernández de Valenzuela, su tío abuelo, capitán al servicio del Rey, fue uno de los fundadores de la ciudad de Santa Fe de Bogotá.

Hijo del cirujano de origen español Pedro Fernández de Valenzuela, había estudiado medicina en Alcalá, y de Juana Vázquez de Solís, hija de españoles y vecinos de Santa Fe de Bogotá. Su familia se compuso de siete hermanos, cuatro mujeres, de las cuales tres fueron religiosas. De sus dos hermanos uno muere prematuramente en plena juventud. Pedro nació cuado su padre era prácticamente un anciano.

Estudia en el Colegio de los Jesuitas de San Bartolomé donde obtiene el título de bachiller a los dieciséis años y comienza su afición por las letras.

Acostumbra a visitar en compañía de sus amigos y familiares el convento de frailes agustinos descalzos conocido como "El Desierto de Candelaria" cerca de Ráquira en Boyacá. Más tarde al serle encomendado a su hermano Fernando el traslado de los restos mortales del Arzobispo Bernardino de Almansa desde Villa de Leiva a España, vuelve a visitar el convento antes mencionado. La mayoría de estos hechos figurarán en su famosa novela, considerada la primera en Colombia "El Desierto Prodigioso y Prodigio del Desierto" escrita entre 1.650 y 1.672.
El título de su novela hace alusión al Desierto de la Candelaria, lugar donde se encontraba el Convento de Nuestra Señora de la Candelaria.

Entre sus novelas están los títulos de "El panegírico sagrado" de 1.646; "Epítome breve de la vida y muerte del ilustrísimo Doctor Don Bernardino de Almansa" publicado en Madrid el año 1.647 y "La Fénix Cartujana, vida del gloriosísimo patriarca San Bruno".

No hay fecha exacta de su ordenación como sacerdote. Muere su padre en 1.660 dejándole una importante fortuna. En unión de varios amigos construyeron la Ermita de Nuestra Señora de la Cruz de Monserrate. Fue Capellán de la ciudad de Mariquita y Notario del Santo Oficio de la Inquisición. Al morir todos sus libros los dejó en la Biblioteca de la Ermita de Monserrate, dejando como heredera universal de todos sus vienes a la Virgen de Monserrate, pidiendo ser enterrado en la Ermita donde se veneraba a su adorada Virgen.

Como poeta decía su hermano de él:

"Sois Apolo sin segundo,
nuevo Parnaso fecundo
que con veloz fama vuela"

Originales de sus trabajos literarios, existen en la Fundación Lázaro Galdiano de Madrid, y en el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá. En una de estos depósitos se dice que existen entre otras formas poéticas 107 sonetos, así como algunos sonetos de diferentes poetas como Lope de Vega, Góngora, Paravicino, Calderón de la Barca, Hurtado de Mendoza, Argensola, Bocángel, Montalbán, Villamediana, dando con ello, el conocimiento de Solís, sobre los más notables genios de su época.

Ya octogenario, se retiró a la región de Guaduas, viviendo una vida prácticamente de ermitaño hasta su muerte.

ÍNDICE DE PRIMEROS VERSOS

A dónde, loca, sin tu luz vivía?
Alas, alas ligeras, pensamiento,
Aquí, dulce Señor, aquí conmigo
Aviso mudo que en hilada arena
Caminando con pasos presuroso
Centro del alma, soledad divina,
Comience a venerar el mortal hombre
Cómo de eterna pena, eterna gloria
Con un cuerdo advertir loco peleo;
Copiados a la idea, desengaños
De amor divino el corazón herido
De fervor a fervor, de ayuno a ayuno;
De tierra siete pies verán sellado
Debajo el yugo de la culpa preso,
Decidme si es quien sabe ¿qué es la muerte?
Donde reina el silencio, vive el santo,
El Cielo eres de Dios, que Dios habita,
El fuego de tu amor, dulce amor mía,
El que, mudo, contemplas, vacilante,
En esta tierra estéril y desierta
En una que verdor derrama-Rama,
Entre plumajes de encrespada nieve
Esta sombra del sol, si no primera
Esto, que pronta la razón advierte,
Formó Dios en esferas de cristales,
Formó Dios en esferas luminosas
Hirió al viento la voz de un condenado;
Hombre, mira que vives vida muerta
Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen
La Cruz no tan bendita ni tan santa,
Largad mis ojos los cristales fríos
Los caudalosos ríos van huyendo,
Llave divina, con que el Rey eterno

Mi Dios, cuando tu obras considero,
Mírate, pasajero que me miras,
Músico silguerillo que a la Aurora
Nace a morir el corderillo tierno,
O cándida paloma y azucena
O solo en soledad sin compañía
O, tú. joven feliz, que a los engaños
Parca inexorable que en polvo blando,
Pasa del tiempo la estación ligera
Pusieron del infierno las arpías,
Qué el curso lastimoso de mis años
Ramo tierno y gentil que del ameno
Siento con gran dolor ver que no siente
Silguerillo infeliz que amaneciste
Suspende el barco ya; perdona el remo,
Tú, que quieres coger en muerte vida
Y crió Dios a todos los mortales

SONETO

Decidme si es quien sabe ¿qué es la muerte?
y ¿por qué es tan contraria nuestra vida?
y ¿qué es la causa que es tan atrevida,
que acomete al que es flaco y al que es fuerte?

Y por qué los placeres nos convierte
en triste lamentar con su venida,
y si la pintan flaca y consumida,
¿cómo pone a los hombres de tal suerte?

¿De qué es el arco y flechas con que hiere,
que a reyes ni pontífices perdona,
hiriendo a cada cual de su manera?

¿Y qué es la causa que ella jamás muere
ni puede ser tocada de persona,
y si una vez la ven, es la postrera?

SONETO

El que, mudo, contemplas, vacilante,
en esta losa ya cadáver frío,
que perdido del todo el claro brío,
te pregona escarmientos, caminante;

si dudas admirado, si ignorante,
la causa del fatal, cruel desvío,
sabe que en el rigor del hado impío
acaba humilde todo lo arrogante.

Pues te presentan ya los desengaños
a flébiles cenizas reducido,
aquel que aun el valor ilustre nombra,

niega esperanza al verde de tus años,
que, en la gloria mortal, valor fingido,
cuanto amanece en sol, fenece en sombra.

SONETO

De tierra siete pies verán sellado
el carro humano de divino fuego,
que, hidrópico de error, de engaño ciego,
quiere al mundo juzgar por limitado.

Si en quien ha de ocuparle fue engendrado
(por más que en mucho osar pierda el sosiego),
de la razón entrado, verá luego
que al sitio vuelve donde ha sido hallado.

Este terreno vil, loca porfía,
que idolatra en sucesos de ventura,
sedientos de años por incierta vía,

¿en cuál calvada rueda se asegura,
si de materna cuna a tierra fría,
no es más que variar de sepultura?

SONETO

Suspende el barco ya; perdona el remo,
o tú, que errante sin temor caminas,
que al piélago del mar donde te inclinas
fatal desdicha a tu locura temo.

Si en la bonanza del lugar supremo,
seguro de la sondas te imaginas,
verás que de los hados las ruinas
te vuelven de un extremo en otro extremo.

Apriete, pues la rienda, el curso breve,
antes que de las horas la mudanza
acredite el rigor, la paz desmienta.

Mira del bien lo frágil y lo breve,
que como no hay tormenta sin bonanza,
tampoco no hay bonanza sin tormenta.

SONETO

Debajo el yugo de la culpa preso,
gimo, suspiro y lloro amargamente;
mas ¿cómo no?, si venga gravemente
fuego voraz el más menudo exceso.

Señor, yo os he ofendido; yo confieso
y propongo la enmienda firmemente;
hagamos paces, y pues sois clemente,
borrar lo escrito, cancelad proceso.

No echéis mano, Señor, de niñerías
ni de ignorancias de la edad primera,
edad incauta, falta de experiencia.

No revoquéis el curso de mis días.
Mirad quien ser deseo, no quien era.
dadme lugar que haga penitencia;

suspender la sentencia,
mientras mi voz vuestras entrañas hiere,
diciéndoos: peccavi, miserere…

SONETO

Esta sombra del sol, si no primera
causa, principio y juventud del día,
luz del Dios que tinieblas nos desvía
y en la misma inconstancia no se altera.

Esta que corre el velo de la esfera
y con afectos de beldades guía,
no sirva de adormir con armonía
o con respiración de primavera.

Si acaso adormeciere los sentidos
con voz de plumas, resplandor de flores,
de su llorosa risa documento,

a lágrimas de luz velad, dormidos;
no os suspendan los ecos y colores,
pues van juntos el llanto y el tormento.

SONETO

Llave divina, con que el Rey eterno
abrió la cerradura de la puerta
del cielo, que no pudo ser abierta
por capitán antiguo ni moderno.

Llave que abrir pudiste el mismo infierno
y sacaste la presa ávida cierta;
llave que has hecho entrada a aquella huerta,
do siempre es primavera, nunca invierno.

Una puerta que abrir te queda ahora
(que es otra no menor, ni menos fuerte),
que es mi alma en la culpa encarcelada:

por eso tu favor y fuerza implora
la saques de la cárcel de la muerte,
ávida, más contenta y descansada.

SONETO

Ramo tierno y gentil que del ameno
sitio arrancado, con piadosa mano
diste fruto tan rico y soberano,
que hizo el mal de nuestras culpas bueno.

Madero fuerte que en el vil terreno
pasaste cuerpos por su mal en vano
y ahora en el católico cristiano
las almas pasas al divino seno.

Tabla do se encontró el rescate santo
del cautivo linaje, y dulce dueño,
que del mar dividió la furia brava;

remedio nuevo del antiguo llanto,
sólo, después de tu sagrado dueño,
te ha sabido alabar quien hoy te alaba.

SONETO

La Cruz no tan bendita ni tan santa,
antes de la pasión fue infame, un leño
donde hasta el desahogo no pequeño
se hallaba con la soga a la garganta.

Mas de su honor sabe Dios cuánta
sangre cuesta tan noble desempeño
que en la Cruz de la vida le hace dueño
y esta por su pasión victoria tanta.

Gloria es de veras tuya, oh gran Fernando,
y pues es la de Dios la que te mueve,
ceda a tu nuevo celo y gran talento

el que hoy se desengaña confesando
que a la pasión de Cristo se le debe
todo lo que en su Cruz es lucimiento.

SONETO

En una que verdor derrama-Rama,
purpúrea nace la olorosa-Rosa,
más envidiada que envidiosa-Diosa,
a quien Favonio como dama-Ama.

Si alguna su hermosura afana-Fama,
cuando con mayo se desposa-Esposa,
la más vecina caudalosa-Losa,
que ya la ve morir exclama-Clama.

Y la que triunfos si viviera-Viera,
desmayada en fatal suspira-Pira,
sin que la Parca lo difiera-Fiera.

O tú, que la perdiste admira-Mira,
que la que reina en la ribera-Era,
cuando parece que respira-Espira.

SONETO

Aviso mudo que en hilada arena
vas midiendo a mi ser el fin más cierto,
de mí polvo eres tú: ¿cómo no advierto
que es asunto tu vida de mi pena?

Ese curso veloz, sin vida, ordena
instantes al vivir con golpe incierto;
todo ese polvo en que me miro muerto
trompa es sin voz que con silencio truena.

Tu correr es imagen de mi vida,
tu parar es imagen de mi muerte;
tu vidro, duración de mis antojos.

Llama eres tú que alumbras no encendida.
Mucho es que a tanto golpe no despierte
si echando tierra estás sobre mis ojos.

SONETO

Parca inexorable que en polvo blando,
en rueda de cristales recogido,
por sonda imperceptible conducido,
delgadamente el tiempo estás hilando,

qué importa que me vayas engañando
con verte en sutilezas divertido,
si a cada menor hebra que has torcido,
madejas del vivir vas devanando.

Por la arenosa playa, que a los ojos
viste el sal de zafir y de topacio,
la plata más veloz va más remisa,

desigualdad de intrínsecos enojos:
si los pies por aquella van despacio,
la vida por aquesta va deprisa.

SONETO

Alas, alas ligeras, pensamiento,
(si me pongo a pensar cosas divinas)
huyendo vas a tierras peregrinas
imitando en tu curso al presto viento.

Como ciervo a beber vengo sediento
a las fuentes que abrieron cristalinas
furos, azote, clavos, lanza, espinas.
Mientras bebo detén tu movimiento.

Ay de mí, loco soy, pues que me pongo
con un loco a razones. Cristo mío,
ata un rato a tu cruz este furioso,

mientras vacío mi pecho y me dispongo
para que de mis culpas el vacío
llene tus fuentes de licor precioso.

SONETO

Largad mis ojos los cristales fríos
(como nacidos de mi amor ardientes);
aumentaréis los ríos siendo fuentes;
aumentaréis los mares siendo ríos.

Para llorad duplicaréis los bríos;
sena las fuerzas de llorar vehementes,
que aun es poco, aunque largas las corrientes
que deis mares al mar, siendo ojos míos.

No canséis de llorar. Ojos cansados.
Desatad nuevamente los cristales,
que antiguas culpas lloraréis de nuevo;

porque, aunque eternamente desatados,
siempre os vea en llorar, vuestros caudales
siempre poco serán a lo que debo.

SONETO

¿A dónde, loca, sin tu luz vivía?
¿A dónde, ciega, errante, caminaba?
Que nunca mis locuras, ciega, hallaba,
mis ceguedades nunca, loca vía.

¿A dónde me llevaba mi porfía?
¿A dónde el desatino me llevaba?
Que si en seguirlos más, mas los ganaba,
en ganarlos yo más, más me perdía.

¿A dónde huya de tu amor? ¿A dónde
me ausentaba de ti, dulce hermosura?
¿Qué buscaba sin ti mi amor divino?

Mas, ay, que tu poder jamás se esconde,
pues vi mi ceguedad en mi locura,
y en mi porfía hallé mi desatino.

SONETO

Centro del alma, soledad divina,
vivo retrato de la paz eterna,
adonde el armonía que se alterna,
con silencio continuo se combina.

Farol del que a la luz de Dios camina,
puerto feliz del que en el gusto invierna,
retórico silencio que gobierna
y mudo desengaño que encamina.

Eres, oh soledad, al que te ha hallado
lo que en el centro después de lo violento,
lo que el puerto después de naufragado,

lo que tras de la red al ave el viento,
lo que es tras de la culpa el buen estado,
lo que la gloria al fin, tras el tormento.

SONETO

¿Cómo de eterna pena, eterna gloria
mis cuidados proceden divertidos?
¡O negra confusión de los sentidos!
Daño inmortal, por inmortal memoria.

Responda en mis oídos, por victoria,
aquel metal horrendo a mis oídos
que ha de ser en ganados y perdidos
de humana multitud lista notoria.

Con voz terrible ser de Dios llamado,
oír los cierto, aparecer forzoso;
las culpas graves; el juez, airado.

Si aquí no para el curso peligroso
del ciego error el mal precipitado,
engañado principio, fin penoso.

SONETO

Y crió Dios a todos los mortales
para gozar su amable compañía.
Quien siempre a Dios sus pensamientos guía
huye feliz de los mayores males.

Dichoso aquel que yerras tan fatales
los llora con dolor la noche y día,
porque es infausta y loca fantasía
el no pensar que hay penas infernales.

Pues si es de fe el morir y que hay infierno,
¿Quién es tan loco y quién tan desdichado
que no tema el morir y condenarse?

Si el hombre ha de morir y no es eterno,
viva para vivir, que está cifrado
su bien sólo en salvarse o no salvarse.

SONETO

Formó Dios en esferas luminosas
al hombre con la vida limitada,
y de la jerarquía más honrada
Atlante le escogió para sus cosas.

Mas como las del siglo son vistosas,
las otras pareció que no eran nada.
Olvidado tal vez de su jornada,
dejó las de la gloria más hermosas.

Dicha feliz sin duda alguna tiene
el que, de lo terreno desasido,
al gremio santo de la vida viene;

Con tierno corazón y compungido,
viendo que el cielo empíreo le conviene,
debe con su criador estar unido.

SONETO

Formó Dios en esferas de cristales,
con tales perfecciones y belleza,
siendo el autor de la naturaleza,
a los hombres finitos y mortales.

A plantas, peces, brutos, minerales
dio su virtud y singular firmeza,
y, mostrando su amor en su grandeza,
sujetó a su poder los animales.

Viven de tal manera descuidados,
como si de la Parca la guadaña
hubiese ya perdido la memoria.

Mas si lloran contritos sus pecados
se aplacará de Dios la justa saña,
premiándoles con dones de su gloria.

SONETO

Tú, que quieres coger en muerte vida
en tu memoria siembra en vida muerte;
que no se olvidará la vida en muerte
de aquel que se acordó de muerte en vida.

Mira que hay otra muerte y otra vida.
Tal vida vive, cual deseas la muerte,
pues mala vida adquiere eterna muerte
y buena vida y muerte, eterna vida.

El que nos dio la vida con su muerte
dio poder a la muerte de dar vida
a quien en vida imprime en sí la muerte.

No llames muerte el fin de injusta vida,
que lo que los mundanos llaman muerte
no s muerte que es principio de la vida.

SONETO

Nace a morir el corderillo tierno,
bañada en los albores la guedeja;
tiembla de frío, pero no se queja
porque es fuego que triunfa del invierno.

Pastor piadoso de inmortal gobierno,
busca perdido la perdida oveja,
panal se hace para la libre abeja
que liba el néctar de su ser eterno.

¡O tierno amante! ¡O dulce Pastorcillo!
tanto el amor vuestra persona estrecha
que os pone en el portal más derribado.

Dejáis el cetro por tomar el trillo,
y, siendo voz el trillo y la cosecha,
trocando estáis el trillo en el cayado.

SONETO

Silguerillo infeliz que amaneciste
cantando amores en la selva umbrosa,
donde bebiendo el ámbar a la rosa,
el pico de oro de coral teñiste.

Suelto y libre cantabas, pero, ¡ay triste!,
que apenas el aurora viste hermosa
cuando en los contrapuntos de una glosa
la muerte hallaste, y el compás perdiste.

No hay en la libertad segura suerte;
tu misma voz al gavilán convida
para que el golpe en ti su pico acierte.

¡O clausura dichosa, aunque temida,
pues hoy la libertad le da la muerte
a quien diera la jala larga vida!

SONETO

Músico silguerillo que a la Aurora
tu harpada lengua en verde primavera
piensa en dulce armonía en ser primera
la que en sonoro acento se mejora.

Al paso que suspendes más a Flora,
el rapaz gavilán con muerte fiera
la libertad cautiva de tu esfera
y con tu rojo humor su pico dora.

No busques libertad tan malograda
el que del Paraíso ver desea
la mayor a que Cristo le convida.

Que para caminar esta jornada
no es menester que con su ojos vea
los fatales peligros de esta vida.

SONETO

Hirió al viento la voz de un condenado;
tembló el alma de Bruno y quedó herida;
dejó la vida por buscar la vida,
y a aprender a morir se ha retirado.

En el yermo restaura, que ha fundado,
otra nueva Thebaida esclarecida,
de ilustres monjes religión crecida,
en número de santos dilatado.

Fue doctísimo, humilde, penitente,
temeroso de Dios con santo œlo.
Adurmió en el Señor, reina la gloria.

Culto goza de altares eminente;
la Iglesia universal le honró en el suelo.
Esta es de Bruno la sagrada historia.

SONETO

Pasa del tiempo la estación ligera
como suele de un río la corriente,
de cuyas partes una está presente
y la que ya pasó volver no espera.

Ambos caminan por voluble esfera,
su ser deja de ser continuamente;
siempre fue por menguante su creciente;
nunca vuelven atrás en su carrera.

Constancia tienen sólo en el mudarse;
sólo se sienten cuando dan desvío;
su pérdida no puede repararse.

Y al fin entrambos van por un avío:
el río al mar, y el tiempo, sin pararse,
al de la eternidad, a fuer de río.

SONETO

Hombre, mira que vives vida muerta
porque muriendo vives engañado;
mira que estás a muerte condenado;
no duermas tan de veras, mas despierta.

Es cierta la partida, y es incierta.
Podrá ser cuando estés más descuidado.
Mira por ti, no vivas olvidado,
y piensa que la muerte está a la puerta.

Acuérdate del tiempo tan perdido,
del mucho mal y poco bien que has hecho,
y que la vida es breve y transitoria.

Acuérdate que a Dios has ofendido,
que tienes cuenta larga y plazo estrecho,
y que, después, al fin, hay pena y gloria.

SONETO

Los caudalosos ríos van huyendo,
los pequeños arroyos y las fuentes,
todos apresurando sus corrientes,
por entre monte y valles discurriendo.

Al término forzoso van corriendo,
aunque van por caminos diferentes,
todos van a apagar de sus crecientes
el tributo debido al mar horrendo.

Al mar de su fin triste y doloroso
van corriendo como aguas nuestras vidas:
la del grande, el pequeño, el flaco, el fuerte.

Allí pagan el precio riguroso,
quedando en el profundo consumidas
del piélago terrible de la muerte.

SONETO

Siento con gran dolor ver que no siente
un mal que es grabe mal el alma mía:
¡Qué esté con Dios un alma cada día
y viva tan sin Dios, de Dios ausente!

¡Qué en un alma entre Dios y se aposente,
qué es vida, fuego y luz, bien y alegría,
y el alma esté tan muerta, helada, y fría,
ciega, sin bien y triste gravemente!

Alma, culpa son tuyas, bien mirado,
pues estando con Dios, de Dios te olvidas,
y eres digna de pena y gran castigo.

Aquel que no te olvida, aunque olvidado
se olvide de tus culpas cometidas
y haga que estés con Dios y Dios contigo.

SONETO

El fuego de tu amor, dulce amor mía,
el alma tan del todo me traspasa,
que, con el gran calor, gran sed me abrasa,
y estoy cual ciervo herido en el estío.

Y como busca el ciervo fuente o río
que le refresque sin medida escasa,
busco yo fuente viva en quien sin tasa
me pueda refrescar a mi albedrío.

A ti, mi Dios, te busco, viva fuente
que me abrasas y puede refrescarme;
no tardes que el tardar es abrasarme.

Y en tanto que se tarda tu corriente,
hago, para templar el fuego extraño,
de mis lágrimas fuente en que me baño.

SONETO

Aquí, dulce Señor, aquí conmigo
abrazado te vea eternamente,
porque mis ojos viéndote presente
amparo tengan de tu dulce abrigo.

Aquí huyendo de mí, sólo a ti sigo
pues el buscarte a ti sólo es decente,
y estando alegre, de mí mismo ausente,
sin mí me vea estar, pero contigo.

¡Ay gloriosas dulzuras, dulces glorias,
amores tiernos, amorosos lazos,
ricos favores, cándidas prisiones!

¡O, si aclamando ya de mí victorias,
hecho me viera, para darte abrazos,
o en almas todo o todo corazones!

SONETO

¡Qué el curso lastimoso de mis años
de espinas, o gran Rey, te ha coronado!
¡Qué en repetidos hierros ha pasado
tus sacrosantas plantas y tus manos!

¡O, inmensa Majestad que así en humanos
monstruos de atrocidad has apostado!
Aunque, muerto a sus manos, ya has logrado
que se den por rendidos mis engaños.

Otro Saulo a tus pies has derribado
y, si en ser Saulo tanto le he excedido,
¡o, si siguiese su doctrina santa!

¡O, si esa cruz, Señor, fuese calvado
este mal corazón, siendo encendido
en el amor con que el suyo canta!

SONETO

Mi Dios, cuando tu obras considero,
te admiro mudo, atónito te adoro,
niño entre bestias afectando el lloro,
del cuchillo legal rendido al fuero;

de lobos preso a modo de cordero,
a azotes desollado poro a poro,
de juncos llena la cabeza de oro,
colgado entre ladrones de un madero,

y, al fin, sacramentado en pan sensible,
de tus obras compendio a la fe pura,
amor ostentas tanto incomprensible,

que de tu sacra mística dulzura
ni cabe en el silencio lo indecible
ni aun lo decible cabe en la criatura.

SONETO

En esta tierra estéril y desierta
y entre estas rocas ásperas y heladas,
alegres plantas tiene Dios sembradas
y larga senda a mi descanso abierta.

MI esperanza perdida y casi muerta
con las borrascas fieras ya pasadas,
del mundo las riquezas arrojadas,
dar carena a mi rota nao concierta.

Ya enarbola de Cristo la bandera
en el castillo, popa y homenaje;
ya las velas ofrece al manso viento.

Sed vos, Virgen, piloto en la carrera
pues es para la gloria mi viaje,
porque seguro llegue a salvamento.

SONETO

De amor divino el corazón herido
al silencio de Bruno te entregaste;
heroico asilo en su retiro hallaste,
al dictamen de Dios reconocido.

Si luces de verdad te han conducido
a tanta pretensión, bien lo lograste:
Todo por Dios, bizarro, lo dejaste
y a su rebaño Dios te ha conducido.

Espera el premio de tan alto empeño
sin que el rumbo engañoso te lo impida,
juzgando que sus pompas más altivas

son vapor, viento, imagen, triste sueño,
y pues viendo a Dios diste la vida,
Dios hará que muriendo, siempre vivas.

SONETO

De fervor a fervor, de ayuno a ayuno;
de penitencia, Bruno, a penitencia,
bebiendo vas (en sacra competencia)
lo ardiente del espíritu a otro Bruno.

Aquel rayo en virtud como ninguno,
aquel Fénix tan sólo por su ciencia
te enseña con su ejemplo la paciencia
donde hoy embarga al tiempo lo oportuno.

Ásperas sendas del común camino
solicitó tu amor porque te arguya
que viven a tormentos tus alientos.

Padécelos y logra tu destino,
pues aun Cristo, con ser la gloria suya,
quiso entrar a la gloria por tormentos.

SONETO

Copiados a la idea, desengaños
hallastes en cadáver confidente,
un libro frecuentado que, elocuente,
hizo Atlantes de juveniles años.

Si de aquellos milagros tan extraños,
atento, vigilante y diligente,
fuistes un Argos vos; ellos, Oriente,
que os deponen del mundo y sus engaños.

Esplendores sacáis, vivas centellas
de los fríos despojos de la muerte
y un gran fuego de amor de aqueste hielo,

un Etna que os reduce a las estrellas
de la casa de Bruno, que es un Cielo,
donde os asigna Dios dichosa suerte.

SONETO

O, tú. joven feliz, que a los engaños
diste del mundo una repulsa breve
trocando el oro que adornó tu nieve
al cándido buriel, sagrado paños.

¿Cómo en tan breve, juveniles años,
cómo en tiempo que al tiempo se le debe,
ocio de espacio, desengaño leve,
tuviste tan valientes desengaños?

¿Quién de Fernando, di, te trocó en Bruno?
¿Quién de joven bizarro al ser perfecto?
¿Quién de esparcido a tan asida rienda?

Ya te escucho, y me dices que a ninguno,
que es sin viviente ser un esqueleto;
pero que basta el verle para enmienda.

SONETO

Entre plumajes de encrespada nieve
El Paular, garza del desierto yace,
y si al invierno todo el hielo pace,
todos los rayos del verano bebe.

Sitio es este, mortales, a quien debe
luces la ceguedad que el mundo hace;
y a tanto Fénix como en él renace,
mucha veneración, culto o breve.

De santidad erario es verdadero,
seguro puerto al leño derrotado,
del fin del naufragante pasajero.

¡O esfera celestial! ¡O dulce estado!
Sólo tu albergue, a la tibieza austero,
ha merecido el Bienaventurado.

SONETO

Donde reina el silencio, vive el santo,
la caridad es puerta de la gloria,
la humildad, la que goza la memoria
de el gran Dios, pues la quiso siempre tanto.

Si es la contemplación divino espanto
que alcanza del infierno la victoria,
hoy miro en el Paular aquesta historia
en cónclave de monjes sacrosanto,

Cuyo silencio la virtud despierta,
cuya humildad es gloria en su desvelo,
siendo la caridad quien más le esmalta.

Mas ya dice este verso de la puerta,
***"soli meruere beati"*, cómo es Cielo,**
pues que a tal beatitud poco les falta.

SONETO

El Cielo eres de Dios, que Dios habita,
Paular divino, el Cielo te construye
la estrella de María que en ti influye
la gracia que en tu Cielo se ejercita.

Tu empleo la gloria lo solicita,
la gloria su esplendor te sustituye,
pues luces de lo eterno distribuye
en cuanta elevación él te habilita.

Esfera eres humana al Sol divino,
en quien cifró su luz lo soberano,
porque elevado vive siempre el celo.

La muerte en ti no afecta su destino,
porque antes de morir murió lo humano
y anticipó en tu cielo lo del Cielo..

SONETO

Hoy por piedad de su Hacedor le ofrecen
prendas de sentimiento sus hechuras:
llama el sol a la noche, y las oscuras
sombras aprisa en tiempo ajeno crecen.

De la vida asaltadas se estremecen
atónitas las mudas sepulturas;
libran sus cuerpos a las almas puras
y a los justos vivientes aparecen.

Las piedras se quebrantan y, a su ejemplo,
visten los astros voluntario luto;
rómpese el velo místico del templo.

Da cualquier obra al llanto algún tributo,
¿y yo, siendo la causa lo contemplo
con pecho alegre y con semblante enjuto?

SONETO

Pusieron del infierno las arpías,
con furioso furor e ira inclemente,
en miserable estado a Job paciente,
cercado de dolor por todas vías.

Sus tres amigos, con entrañas pías,
viéndole con dolor tan vehemente
lágrimas derramando tristemente,
no le hablaron palabra en siete días.

Si éstos de humanidad dieron señales
con lloroso silencio, ponderando
que es bien sentir los daños temporales.

No te admires (¡O, huésped!), si mirando
de mi amigo infeliz eternos males,
pase mi vida sin hablar, llorando.

SONETO

Comience a venerar el mortal hombre
el nombre del prodigio soberano,
que en luz y claridad fue más que humano;
digno de Bruno el soberano nombre.

De su significada no se asombre
si oscuridad denota, no en vano
(que oscureció su brío más lozano)
claridad le da al cielo en su renombre.

La trompa de su fama celebrada
sus triunfos victoriosa va cantando,
y, en eco más sonoro y oportuno,

con cuadriforme lira no turbada
su claridad sonora acreditando,
vence lo oscuro que denota Bruno.

SONETO

¡O solo en soledad sin compañía
y nunca solo y siempre acompañado
de aqueste vuestro Dios crucificado,
cartujo de cartujos norte y guía!

Sol claro más que el sol del mediodía,
espejo en quien el siglo más dorado
se representa al vivo retratado
con la virtud que entonces florecía.

¡O luz que la luz nueva renovaste;
riqueza que enriqueces tierra y cielo;
ermitaño que el yermo ennobleciste!

La virtud con virtud tanto ensalzaste,
que no hay ojos de lince acá en el suelo
que pueda ver cuán alto la subiste.

SONETO

Mírate, pasajero que me miras,
como en espejo en esta calavera;
postrer verdad que guía a la primera;
verás en mis verdades tus mentiras.

Cuanto admiras de mí, de ti lo admiras
de mi espejo en tu imagen verdadera,
que como en mí ha parado cuanto era,
ha de parar en ti cuanto tú aspiras.

Toma de mi esqueleto tu consejo
y discreto escarmiento a lo entendido;
compón tu vida luego en este espejo;

o, luego (en vano tarde conocido),
por falta de un momento de aparejo
estarás para siempre arrepentido.

SONETO

Caminando con pasos presuroso
por estas soledades, peregrino,
¿a dónde vas? Errado has el camino
mas tu yerro será acierto dichoso.

Entra constante en este valle umbroso;
verás la estancia do el amor divino
tiene un alma, que con su diestro tino
flechó y rindió su brazo poderoso.

A Jesucristo verás por tu amor muerto,
a su Madre, que es Reina de la gloria,
y prodigios verás que son extraños.

Con el mayor prodigio del desierto,
un esqueleto avive tu memoria,
y a luz perfecta, grandes desengaños.

SONETO

Esto, que pronta la razón advierte,
cárcel fue ya de rayos soberanos,
¿en población horrenda de gusanos
tanta sublime pompa se convierte?

¿De aquella flor que viva ambrosías vierte
estragos y vestigios son tiranos?
Que es la vida fatal de los humanos
caduco patrimonio de la muerte.

¿De un bajel de la solas de la vida
en esta arquitectura despoblada,
que con veneraciones fue temida?

¿Esto es frente que ha sido coronada?
¿Esto fue mano de jazmín vestida?
¡O vida! ¡O sombra! ¡O sueño! ¡O punto! ¡O nada!.

SONETO

¡O cándida paloma y azucena
que en pico de rubí (gracioso pico),
trajiste el ramo de esperanzas rico,
floreciente esplendor contra la pena!

Tú, de Antioquia la preciosa vena,
a quien me consagro y sacrifico,
como aquí lo pronuncio y significo,
favorecido de tu luz serena,

recibe preciosísima Señora,
afectos de la fe de mi cuidado,
flores de ingenio, si abrasadas flores,

porque a la luz de tan divina aurora,
fe tan rendida, amor tan abrasado,
consigan su laurel con tus favores.

SONETO

Con un cuerdo advertir loco peleo;
conozco que no soy lo que he vivido;
creo que ser no puedo y, prevenido,
antepongo el vivir a lo que creo.

Como el presente ser viviente veo,
lo contingente en mí desvanecido,
cuando pienso en el fin, el fin olvido,
mintiendo la verdad con el deseo.

¡O, qué espantoso engaño! ¡O, qué locura!
¡Que sepa que es mi ser sólo un instante
y me prometa ciertos muchos años!

Espejo sea, pues, la sepultura,
que. si me miro en él, será bastante
a darme suficientes desengaños.

FIN DE LOS SONETOS DE PEDRO DE SOLIS Y VALENZUELA